

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 25 de Febrero de 1926

¿Qué es el escutismo?

¿Qué son los boy-scouts?

Un amiguito, lector asiduo de la página infantil de EL BIEN PÚBLICO nos escribe haciéndonos las preguntas del epígrafe, y como tenemos verdadero gusto en complacerle contestándole, le ofrecemos la continuación del artículo, escrito por un muchacho y publicado en la revista *El Explorador* en 1913, cuando esta benemérita y patriótica institución acababa de nacer en España:

Merced a la Institución «Exploradores Españoles», el niño que sale del colegio no vagará ya temerariamente por la calle, quedando así, por desgracia hábito frecuentemente en inmediato contacto con la procacidad y con el vicio. Esos tiernos arbolillos que han de formarse según la dirección que se imprima a sus ramas y el medio ambiente de que nutran su savia, serán recogidos por sus honorables instructores, que son los encargados de moldear su naturaleza moral y física, templándola en el fuego sagrado de la virtud y del patriotismo. A ellos es a quienes incumbe la honrosa misión de formar hombres virtuosos, tenaces, patriotas, cumplidores de sus deberes ante Dios, la Patria, la sociedad y la familia, excelentes hijos, buenos estudiantes, arrojados, honorables, trabajadores, con espíritu observador y de educación, con plena confianza en sí mismos, en su energía y en su caballería.

Ellos son los que observarán la vocación y desarrollarán las aptitudes e inclinaciones de cada muchacho para que puedan sacar y dar provecho de las misinas en una profesión determinada. Son ellos los que encauzarán sus energías orientándolas siempre al bien, haciendo de los muchachos hombres prácticos, ciudadanos aptos para luchar en la vida y ejecutar buenas obras.

Educación: esto es, perfeccionamiento moral, intelectual y físico. A la vez que su sistema muscular adquiere el necesario vigor y flexibilidad mediante una gimnasia racionalmente dirigida, se depuran sus sentimientos haciendo de la práctica del bien el más inefable e intenso de sus goces.

Simultáneamente con el práctico conocimiento de las plantas y de los animales, se les enseña a amar a éstos y a los árboles. Y mientras vivaquean, mientras allá en el monte, alejados de urbanas pestilencias, aspirando a pleno pulmón el vivificante oxígeno, tan necesario a su hematosi, entretienen las horas en sus tareas cotidianas, la honrada hermandad de jóvenes exploradores aprende que los ancianos son seres venerables, los más dignos de nuestra solicitud y de nuestro apoyo; que ante la mujer, todo bien nacido debe rendir pleitesía de sus mayores deferencias; que la debilidad, que la desgracia debe mover siempre a conmiseración a los corazones nobles, y esa conmiseración no deberá jamás ser pasiva o inerte; deberá traducirse en iniciativas de nuestra actividad psicofísica que puedan

ahuyentar el mal, o llevar, al menos, al dolor el oportuno antídoto.

El «boy scout» no soltará el nudo de su pañuelo de cuello sin haber ejecutado en grande o pequeña esfera su diaria obra buena; ayudará a una anciana, dar un trozo de pan a un necesitado, libertar un pajarillo, evitar el tronchamiento de un árbol, interdecir a favor de un animal a quien se martiriza...

¿Más?

No. ¡Es muy grande el cuadro! ¡Son pálidos los colores de nuestra pobre paleta!

Concepciones tan sublimes sólo pueden hallar adecuada expresión en la fantasía y la técnica del genio. ¡Y nosotros somos unos artistas infinitesimales!

¡Bendita Institución! Representas algo tan grande, tan elevado, tan honradamente sano, que es necesario contribuir a la divulgación de tus esencias...

Al llegar aquí, una potentísima, espléndida, bizarra voz atruena el mundo. Es la justicia que grita: ¡Viva Baden-Powell! ¡Viva Iradier!

Yo requiero el graduado bordón de mis amores, y en el escalofrío de la emoción intensa, arrasados mis ojos de lágrimas de santo entusiasmo, levanto en alto mi sombrero para contestar con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Sí! ¡Sí! ¡Hurra!!!

CELESTINO CÁRCAMO

España vista por los pequeños españoles

SAN ILDEFONSO (LA GRANJA)

Para empezar a hablar de esta bonita villa, de la provincia de Segovia, diré que se halla en un precioso rincón de la sierra del Guadarrama, rodeada de altos montes, que hacen que este Real Sitio sea uno de los puntos preferidos para el veraneo. Yo la conozco por haber pasado en ella los meses del último verano.

El palacio, que es la joya principal de La Granja, fué edificado en tiempos de Felipe V, junto con los jardines y fuentes que lo rodean.

Los jardines es lo más bonito de La Granja: sus hermosas fuentes, que superan a las de Versalles en belleza, atraen a miles de extranjeros, que llegan ávidos de admirar las hermosas esculturas que adornan los paseos y los estanques.

El día de San Luis, patrón de la villa, acuden de Madrid y de los pueblos cercanos millares de personas para ver «correr las fuentes», espectáculo que sólo se admira los días de San Fernando, San Luis y Santa Cristina, y que consiste en soltar todas las fuentes de los jardines enormes chorros de agua.

En algunas fuentes, como la de «La Fama», llega el agua a treinta metros de altura y su chorro se puede ver desde Segovia.

Las principales montañas que rodean a la Granja, son: «Peñalara, que

tiene 2.400 metros de altura; «La Mujer Muerta», que tiene cerca de 2.000.

No lejos de La Granja se alza el hermoso palacio de Riofrío, que fué edificado por la segunda mujer de Felipe V, doña Isabel Farnesio, que lo construyó para cazar en sus alrededores.

También es cosa de admirar en San Ildefonso la Colegiata, que tiene numerosas reliquias, como un banco en el que sentaba Santa Teresa, un pedazo de la túnica de Nuestro Señor Jesucristo y una astillita de la Santa Cruz.

También en una especie de cripta, reposan los restos del Rey Felipe V, fundador del Real Sitio.

JAIME DE FOXA.

Los últimos pieles rojas

Su origen, su vida y sus costumbres. — Diversas tribus. — Los cazadores de cabelleras. — Persecuciones e incorporación a la vida civilizada.

Hoy vamos a hablaros de los pieles rojas, esa raza tan pintoresca, tan altiva y tan perseguida. Los pieles-rojas, que antiguamente poblaron el inmenso territorio de los Estados Unidos y el Canadá, están hoy reducidos a tribus aisladas. Empujados por la civilización y por las terribles persecuciones de que se les hizo objeto por franceses e ingleses, disminuyen en número, y sus arcos guerreros y atrevidos han desaparecido, dedicándose los supervivientes a las tranquilas faenas del campo, y de la ganadería. Algunos ocupan su actividad en la industria, y son muchos los que, incorporados definitivamente a la vida moderna, han llegado a conseguir la fortuna y su entrada en la alta sociedad norteamericana.

Los pieles-rojas, como los europeos, conocieron al mamut, al mastodonte y a los demás animales antediluvianos.

Su origen se confunde, sin duda, con el de los esquimales, con los que tienen etnológicamente muchos puntos de contacto.

El piel-roja y el asiático comunicaban por el puente natural con que América se une al Asia, por la península de Alaska.

Su tipo es fino; tiene gran agilidad y resistencia física, y, juna leyenda deshecha, su color es pardo, achocolatado o casi negro.

El nombre de pieles-rojas proviene, seguramente, de que acostumbran a emplear el rojo en las pinturas con que se adornan cara y manos.

Los pieles-rojas usan pintorescos trajes, de todos conocidos, fabricados con cuero, y vistosas plumas, que aumentan la arrogancia de su aspecto. Sus adornos son de cabello de mujer y de barbas de león marino. Como veréis, no tienen que preocuparse de las joyerías, como los blancos.

Se calzan con mocasines, que van unidos al pantalón. Viven en tiendas cónicas, usan canoas de cortezas y tobogán y raquetas para andar por la nieve.

Su maestría para la caza y la pesca no es igualada por nadie, empleando el arco y las flechas con singular habilidad. La equitación la dominan como nadie, y montan caballos salvajes, a pelo, desbravándolos en muy poco tiempo.

Adoran al sol, la luna y las estrellas, y a los genios del trueno, del viento, del agua, etc., considerando al mundo regido por un dios imaginario llamado Kichi Manitu. Los sacerdotes, que son unos «frescales» que se visten y tatúan de modo estrafalarío, poseen toda clase de trucos para hacerles creer las más absurdas patrañas y, de paso, vivir a su costa sin trabajar.

Había muchas tribus de pieles-rojas, de las cuales las más importantes son los shoushones y los sosores, cazadores y hábiles jinetes, en el centro; los seminolas, uno de los más propensos a la civilización, que desaparecieron entre los años 1835 a 1842, con su jefe, Osceola; los iroqueses y algonquines, que casi han desaparecido; los hurones, que fabricaban sus casas de barro y que forjaban cobre. Parece que éstos fueron los iniciadores de la costumbre de cortar el cuero cabelludo de los enemigos vencidos para conservarlo como trofeo de guerra, es decir, que, además de vencerlos, les tomaban el pelo. Los hurones cazaban búfalos, disfrazándose de coyotes y acercándose así a la manada para no inspirar recelo a los cornúpetos.

También existían los dacota, los muscouguee, los coavitelca y los eado, los atabasco y los siux que eran los más arrogantes y guerreros.

Las luchas con los siux siempre eran de funestos resultados para las tropas blancas.

Desde la época de la Independencia americana se concedieron derechos a los pieles-rojas, dándoles tres grandes reservas, que fueron disminuyendo poco a poco.

A pesar de ello, continuaron las luchas entre blancos y rojos, cuyos episodios, un poco rodeados de fantasía, se han relatado en novelas y folletos de mala literatura.

El nombre de Búfalo Bill, coronel del ejército norteamericano, se ha popularizado de un modo extraordinario, aunque se han exagerado notablemente sus aventuras luchando con los indios.

El coronel Cody, que así se llamaba Búfalo falleció hace unos años en los Estados Unidos.

Se afirma que no fué tan sanguinaria la persecución que los anglosajones hicieron contra los pieles-rojas como se ha intentado hacer creer; pero lo cierto es que los indígenas fueron viendo reducidos, sus terrenos día por día, cediendo el paso a los rascacielos, las avenidas, los parques y las fábricas. Algunas tribus, como ya hemos dicho, desaparecieron, y otras, como los atabascos han quedado muy disminuidas. En California había 150.000 indios de esta tribu, y en la actualidad no llegan a 15.000. En parte, esto es debido a que la raza india fué absorbida por la blanca, cruzándose con ella. Por eso en la población norteamericana se nota gran influencia de los pieles-rojas.

LOS SECRETOS DEL MAR

LA ESPONJA

Aunque la esponja es una cosa con la que todos los niños están, o deben estar, familiarizados, es casi seguro que no son muchos los que saben a cuál de los tres reinos de la Naturaleza — pertenece.

Y como aquí lo sabemos todo — erudición que tenemos (?) —, y lo que no, lo averiguamos con tal de deleitar e instruir a nuestros lectorcitos, vamos a decirlo en cuatro palabras.

Empezamos por reconocer que no es extraño que muchos niños desconozcan la verdadera naturaleza de la esponja, ya que hasta hace relativamente poco los mismos sabios estaban divididos sobre el particular.

Un escritor antiguo aseguraba con la mayor tranquilidad que las esponjas estaban formadas de espuma del mar; otro decía, sin inmutarse, que eran una especie de nido de gusanos; que labraban la esponja como las abejas labran el panal; un tercero afirmaba que pertenecía a la misma familia que las algas, y así sucesivamente.

Hoy se tiene por seguro que las esponjas son animales de un orden inferior; pero animales al fin, y no vegetales, como creían muchos.

Lo que usamos en el baño es propiamente el esqueleto de la esponja, y está formado, aunque no lo parezca, por una sustancia parecida al cuerno.

Gran parte de las esponjas del comercio vienen de Turquía, Grecia y Florida (Estados Unidos), pero conviene advertir que la que todos conocemos no es, ni con mucho, la única clase que existe. Las hay de todas formas, colores y tamaños, desde la que abulta poco más que la cabeza de un alfiler, hasta algunas que son más altas que un hombre. En cuanto a la forma, las hay que recuerdan la de un árbol, la de un abanico, la de una copa o la de una canasta. Unas están formadas de una sustancia parecida al cuerno, como ya hemos dicho; otras tienen el esqueleto de cal, y hasta las hay con el esqueleto formado por una materia cristalina. Y en cuanto al color, unas pueden ser blancas como la nieve y otras verdosas, azuladas, rojas o amarillas.

Para arrancarlas, baja al fondo del mar un hombre, armado de un afilado cuchillo y provisto de un saco de red.

Con el cuchillo las separa de la roca, adonde suelen estar adheridas. Y cuando el saco está lleno, el buzo sube a la superficie con su preciosa carga. Es también posible arrancarlas del fondo del mar con palos armados de ganchos; pero esto las estropea, y es preciso venderlas a más bajo precio.

Una vez desembarcadas, es preciso lavarlas, quitarle la materia pegajosa que contienen y dejarlas secar, para luego blanquearlas en un baño de ácido. Después se les da una forma a propósito recortándolas con un cuchillo, y pasan a la perfumería, y, finalmente, al cuarto de baño, donde son pocos los que, al sentir el suave contacto de la esponja, piensan que tienen entre las manos el esqueleto de un animal.

Cómo se encuentran minas y manantiales con una vara de avellano

Vosotros, que habréis tenido mil veces en vuestro poder varitas de avellano, con las que os habréis hecho bastoncitos y con las que quizá hayáis zurrado de lo lindo a algún amigo, ¿qué lejos estabais de suponer que aquel modesto palito estaba dotado de maravillosas propiedades.

Con una varita de avellano, doblada en forma de V, de las cuales encontraréis centenares en cada árbol, puede descubrirse la existencia de filones de minas y de corrientes subterráneas de agua.

Para ello no hay más que coger los extremos de la varita con ambas manos, teniendo los codos pegados al cuerpo, a la misma altura y procurando distender la V todo lo posible. En tan incómoda postura se pasea por el campo y, al llegar al lugar donde existe una mina o un manantial, la varita se retuer-

ce con movimientos bruscos, que la rompen en ocasiones.

Desde el sitio donde empieza a moverse la rama hasta que vuelve a su quietud es una distancia que marca la profundidad del yacimiento.

Claro está que, para usar la varita mágica, se necesita cierta práctica.

Las propiedades de la rama de avellano son conocidas desde el siglo VXI, en el que Sebastián Munster publicó la «Cosmografía».

Después se han realizado grandes estudios sobre este fenómeno, que ha sido comprobado por los sabios, ante los cuales se han hecho experiencias, que han dado siempre por resultado el hallazgo de yacimientos. Lo que aún no se ha averiguado es el por qué de esta maravillosa virtud de la varita de avellano.

Los sabios más sabios se han reunido varias veces en asambleas internacionales para tratar de averiguarlo, y toda su sabiduría se ha estrellado contra este misterio de la Naturaleza, que guarda tantos arcanos que quizá el hombre nunca puede descubrir.

Al principio, los hombres de ciencia se reían a mandíbula batiente de los que realizaban esta clase de experiencias; pero, al fin, han tenido que rendirse ante la realidad.

De modo que, cuando vayáis a veranear, os provéis de una vara de avellano os lanzáis por esos campos a ver si la ramita se retuerce y averiguáis la existencia de algún rico yacimiento de melocotones o de sabroso jamón en dulce.

CURIOSIDADES

Cervantes, el Cid, Fernando III, Guzmán el Bueno, Cisneros, Hernán Cortés, Calderón de la Barca, Pizarro, Miguel Servet, etc. No olvidéis nunca estos nombres.

España ha recibido los siguientes nombres a través de los tiempos:

Iberia, de origen arcaico-griego, que significa «gentes del fin», por suponerse que Gádes (Cádiz) y Finisterre constituían el fin del mundo conocido; Hesperia, también de origen griego, y después Spaan, Spanna, Hispania y España.

El teatro mayor del mundo es el de la Opera, de París, construido en 1821; cubre una superficie de 12.000 metros cuadrados y costó 100 millones de pesetas.

El gran escritor Victor Hugo escribió su tragedia *Irtamene* a los once años, y nuestro Pedro Antonio de Alarcón su novela *El final de Norma*, a los quince.

La estatura y el peso de los niños aumenta en proporción a las dimensiones de la casa donde viven.

El edificio más grande del mundo es el construido en uno de los sitios más céntricos de Nueva York, y que lleva el nombre de Woolvooth Building. Tiene 58 pisos y su altura total es de 290 metros. En él se alojan más de 10.000 personas y cuenta con un servicio de 20 ascensores.

Stephenson inventó el ferrocarril de vapor; Peral, el submarino; Gutenberg, la imprenta; Pasteur, el suero antirrábico; Daguerre, la fotografía; Edison, el cinematógrafo, el teléfono y el fonó-

grafo; Fulton, la navegación de vapor; Marconi, la telegrafía sin hilos.

Las uñas de las manos crecen más rápidamente en verano que en invierno, y en la mano derecha más que en la izquierda.

No hay dos uñas que crezcan lo mismo en igual unidad de tiempo. Una uña tarda cuatro meses en alcanzar su tamaño, y tomando como punto de partida este dato, se ve que un hombre de setenta años ha cambiado ciento ochenta y seis veces de uñas.

¡Ah! Se me olvidaba una recomendación. No os mordáis las uñas, que está muy feo.

Durante la guerra europea se empleó en Sheffield un elefante para arrastrar municiones. En cada viaje llevaba seis toneladas.

El águila puede vivir veinte días sin tomar alimento, y el cóndor, cuarenta.

El geisher más alto del mundo

¿Qué es un geisher? Pues un geisher es, sencillamente, un volcán de agua. Imaginad que de pronto, en mitad de una plaza se abriese el suelo y comenzase a salir una enorme columna de agua caliente, que se elevase en el espacio por encima de los edificios, y si lo veáis ya podéis decir que acababais de ver un geisher en toda su actividad. Comúnmente los geisher existen en Islandia, pero América cuenta con el geisher más alto del mundo, en Yellowstone. La altura a que llega el agua hirviendo de este geisher, no es menor de cincuenta metros; es decir, la altura que tendrían dos casas de las modernas, puestas una sobre la otra.

LAS GAVIOTAS

¿Quién no ha visto alguna vez en los puertos, bahías y hasta en algún remanso de un río, tierras adentro, los graciosos y lánguidos vuelos de las gaviotas? Cuando se posan sobre el agua, semejan leves flecos de espuma flotando en la cresta de las olas. En los puertos de mar son con frecuencia, la ociosa alegría de sus dársenas. Mientras los muelles hierven con la agitación del trabajo marino, las bandadas de gaviotas parecen jugar y reír por encima del ajetre humano.

Las variedades de gaviotas son muy numerosas, pero las costumbres de todas ellas se parecen mucho. No suelen internarse en el mar, prefiriendo mantenerse junto a la costa; sus gritos son agudos y guturales, a menudos agrios; y se alimentan de peces y moluscos, muertos o vivos, cazándolos a flor de agua o en las charcas pantanosas que deja la baja mar. El vuelo de las gaviotas es rauda; sus alas se ciernen maravillosamente, manteniendo inmóvil el cuerpo durante largo trecho, y nunca esas aves se sumergen por completo en el agua, aunque se posan sobre ella para descansar.

Las gaviotas no construyen nidos. Ponen los huevos, de donde salen las crías, entre las rocas de la costa o en la arena de las playas. La carne de la gaviota no es comestible, porque sabe desagradablemente a pescado crudo y su dureza es molesta. Así, su caza no sirve más que de puro entretenimiento.

CUENTO

Zenón el avaricioso, o el castigo a la codicia

Si el lector quiere creerse buenamente lo que le voy a contar, que se lo crea, y, si quiere, puede ponerlo en duda.

Yo confieso que no tengo el convencimiento de que esto haya sucedido, porque no soy de los que se chupan el dedo; pero, ¿quién sabe si pudiera ser verdad? El caso ocurrió en un pueblo llamado Carracatracá, provincia de Fumigan, en el país de Zomolocotronia, cuyos habitantes son célebres en el globo terráqueo por la habilidad que poseen de bailar la jota en cuclillas subidos a la chimenea.

Vivía en Carracatracá un individuo llamado Zenón, cuya avaricia era tan grande, que su fama llegó hasta el mismísimo Carabanchel Alto.

Zenón era riquísimo, susurrándose que su fortuna pasaba de diez y seis reales, cuatro perras gordas y tres perras chicas, sin contar la renta de un terreno en el que cultivaba perejil, y sus rebanoes de cangrejos y caracoles, que eran los mejores de la comarca.

A pesar de ello, Zenón no gastaba un céntimo chico sin pensarlo una semana, y en el momento de darlo lloraba amargamente y se despedía de él dándole besos.

Su único alimento consistía en asearín, por las mañanas, y hojas de árbol, por la noche. Por excepción, algún domingo se permitía el lujo de comer unas cortezas de queso o un poco de pan.

Una noche, Zenón, que se pasaba la vida contando sus tesoros, se durmió, rendido, y tuvo un sueño maravilloso.

Sonó que, cavando en el campo, cerca de su casa, hallaba una gruta donde estaban encerrados todos los tesoros de Alí Babá, Boabdil el Chico y Aladino, y que encima había un letrero que decía: «Esto, para Zenón».

Aquello le impresionó de tal forma, que ya no pudo dormir.

Zenón se veía en su casa, rodeado de monedas de oro, que contaba incesantemente; de ricos collares de perlas, de patatas y otras joyas de inapreciable valor, y loco sólo de pensar en ello, daba tales saltos en la cama, que hacía retemblar las paredes, y los vecinos se creían que había terremoto.

Al día siguiente se dirigió nuestro hombre al lugar que vio en sueños, provisto de un pico, una pala y una linterna sorda, muda y casi ciega, a juzgar por la poca luz que daba.

Y Zenón comenzó a cavar, a cavar, a cavar...

Un vecino, al verle tan afanoso, le preguntó lo que hacía, a lo que él respondió:

—Estoy cavando para plantar un melocotonero.

Este siguió cavando, lleno de ambición por encontrar el tesoro, hasta que llegó al fuego central.

—Mejor —exclamó—. Así no tengo necesidad de gastar el aceite de la linterna.

Y la apagó.

Pasó el fuego central, y, lleno de manchas, quemaduras y humo, prosiguió su labor.

El avaro tuvo que atravesar las capas terrestres, y tan pronto parecía don Tancredo, por haber llegado a una capa de cal, como se le podría confundir con un negro de Zululandia, cuando pasó a través de un yacimiento de hulla.

Un buen día dió un golpe con el pico, y ¡clac! sonó a hueco; siguió dando golpes y salió al aire libre.

Había llegado a los antipodas, que eran los negros antropófagos de la tribu de los Zhamphasesos, que se lo comieron en un dos por tres, aunque quedaron muy disgustados, porque como Zenón estaba tan flaco, tuvieron que conformarse con chupar los huesos.

En el pueblo, por orden del Alcalde, se repartieron sus riquezas entre los pobres, y hoy Carracatracá es un verdadero paraíso, donde no hay ni un solo mendigo.

TRIQUITRAQUE.